

DESAPARECIDO BONETTI

Conocí al Desaparecido Bonetti en una de aquellas reuniones de expatriados que organizaba Laura en nuestro estudio de la calle 82.

La verdad, Bonetti se parecía poco a lo que se ha dicho de él en tanta literatura especializada. No era diferente a nadie, era alto y escuálido de la misma manera que otros éramos obesos y bajos. Empezaba lo que ahora se estudia como su etapa *pre-seminal* y acababa de publicar sus primeros artículos acerca de la prevalencia de los fotones; unos estudios planos, reiterativos y de frágiles conclusiones sin más interés que constituir su primer contacto con la física experimental.

Cuando nos conocimos, apenas nos manteníamos en pie. Él estaba recostado sobre la encimera de la cocina e intentaba vomitar en el fregadero, donde yo me afanaba en lavarme las manos una y otra vez porque creía que olían a coliflor.

Por aquella época, aquellos años, nuestro apartamento era una joven república de ideas, alegre y revoltosa. En esos cincuenta metros sin vistas, Laura organizaba tertulias políticas, literarias y deportivas con todo aquel que pudiera hablar y supiera fumarse hasta los dedos. Teníamos una salita abigarrada de libros desencuadernados y revistas de moda de los años cuarenta. Teníamos un dormitorio con una cama sin hacer. Teníamos una bicicleta con cesta y sin cadena, con las ruedas pinchadas. Teníamos un inexplicable olor a ambientador de pino en los cajones y una colección de macetas distribuidas por todo el salón.

También teníamos marihuana como para alfombrar varias veces el *Madison Square Garden*.

Hablábamos y fumábamos y nos dábamos la razón y nos reíamos a gritos. Bebíamos y arrastrábamos a la calle a los que caían inconscientes. Todo parecía vivido a través de un filtro de irrealdad. Laura no dormía y yo apenas conseguía cerrar los ojos un par de horas cada noche. Cuando lo hacía, tenía un sueño que se repetía con pequeñas variaciones.

Le conté mi sueño a Bonetti mientras él resbalaba por la encimera hacia el suelo, se incorporaba y luego volvía a resbalar. En mi sueño, y en sus variaciones, yo siempre acababa volviéndome invisible. A veces, gracias a un chal cosido con papel *Alba*; otras, por una combinación de pasos de baile durante el aria final de “*Oso y Mapache*”, en la versión de Makovski.

Hablé con Bonetti acerca del sueño y de sus múltiples variaciones, como aquella en la que me volvía completamente transparente a excepción de los tobillos y eso me daba mucha vergüenza porque mis tobillos eran gruesos y me parecían torcidos. Bonetti me interrumpía para vomitarse un poco de bilis en las rodillas y hacerme preguntas a la altura de su genio: ¿en el sueño existía la ética?, ¿llevaba dinero suelto?

Al día siguiente, desperté en el rellano del apartamento abrazado a Bonetti, que roncaba con un mohín de concentración en el rostro.

Tardamos años en encontrarnos de nuevo. Entre tanto, Bonetti comenzó a hacerse un nombre en la universidad y diversificó sus intereses. Tanteó el teatro y la biología, la escultura y la tertulia futbolística. Se graduó en Stanford y se doctoró en Wesleyan. Escribió varios libros que se vendieron bien. Ficción y no ficción. A la vez. Remató su fugaz etapa literaria con el famoso manual de autogestión “*Sé tú la grapadora*” y el superventas “*El abrazo del cangrejo*”, cuya adaptación televisiva todavía se emite en los países del Magreb.

El Desaparecido se convirtió en una celebridad, pero no era escritor, sino físico y en sus escarceos por la literatura podía reconocerse ya el desarrollo de la teoría de la ocultación que yo mismo me encargaría de publicar años después. Todo estaba ahí y, sin embargo, nadie lo había visto todavía.

Por mi parte, ocupé mi tiempo regresando a España, abandonando la poesía experimental y cambiando de peluquero. El día que nos encontramos, acababa de romper mi relación con Andrea, recién graduada en comercio internacional y ferozmente decidida a establecerse en su Soria natal. La ruptura fue consensuada, sin gritos ni lágrimas, hablándolo todo tranquilamente por *whatsapp*.

Andrea se mostró comprensiva en todo momento. Me dijo que necesitaba cuatro cosas del piso que compartíamos en Voluntarios Catalanes, lo justo para poder pasar un par de días en casa de una compañera de zumba. Me pidió que yo no estuviera allí esa tarde para que no nos sintiéramos incómodos. Ella era así, serena y dialogante. Era una chica nacida para no molestar a nadie.

Cuando regresé al piso, horas después de reencontrarme con Bonetti —pálido, fantasmal— y de que me hablara de lo importante que había sido nuestra estancia común en el *Upper West Side*, comprobé que Andrea sólo había dejado en el piso el ficus, la peluca afro de mi treinta cumpleaños y la guía de Tailandia que nunca quiso leerse.

Esa tarde la pasé deambulando por el centro, caminando de un lado a otro con la mente en pausa, siguiendo la ruta que trazaban los talones que me precedían.

Cuando me cansé y levanté la mirada, estaba en el centro de una sala de exposiciones. Del techo colgaba una gran pantalla en la que aparecían y desaparecían imágenes a toda velocidad, dividiéndose y multiplicándose con un chasquido. Entendí que eran imágenes que capturaban cientos de cámaras de vigilancia distribuidas por todo el mundo: un nudo de carreteras, un colegio privado, una residencia geriátrica de diseño, un pabellón de deportes. Todo muy energético y muy nueva ola.

Me quité la chaqueta y me dejé llevar por los chasquidos con los que una imagen sustituía a la anterior. Los hombros se me hicieron pesados, me dejé caer ligeramente hacia delante, encorvándome y sin pestañear. Pasaron diez, quince minutos y la proyección terminó. No moví un músculo, estaba realmente a gusto.

Segundos después, la proyección volvió a comenzar. Y después de eso, el futuro Desaparecido me tocó en un hombro. Parecía más alto, más delgado, pero era él.

Salimos fuera, tomamos un café y después me invitó a cenar. Me explicó sus proyectos como si me los contara un chino. Me explicó que estaba muy involucrado en el desarrollo de una teoría única de la visibilidad. Fuimos a una *Boîte*, en la calle Lope de Rueda y allí, con dos gin-tonics y una bolsa de cacahuetes, me explicó que le daba vueltas a la posibilidad de que los objetos, las personas, se volvieran invisibles siempre y cuando dejaran de ser visibles. Estaba cerca, me dijo mientras formaba la silueta de un pene con cáscaras de cacahuete, de formular una teoría completa de la invisibilidad y me anticipó que el verdadero reto consistía en diseñar el experimento que pudiera probarla.

Me entusiasmé, lo reconozco. Nos emborrachamos y llegamos a conclusiones: el hombre puede ser invisible, sus actos no. Tampoco su ropa, ni sus tatuajes, si se diera el caso. Eso descartaba, nos justificamos abrazados, el uso de su teoría para fines deshonestos. Un hipotético ladrón invisible, dijo, debería ir desnudo por el mundo. Adiós a los climas fríos. Además, apostillé, ¿cómo reaccionaría la gente ante un fajo de billetes flotando por el rellano su casa?

Acordamos también que el sujeto debería estar perfectamente aseado. Y mantenerse así porque las motas de polvo, la suciedad o la humedad del ambiente, poco a poco irían posándose en el sujeto, convirtiéndolo en una suerte de figura translúcida. Difícil de ver, pero visible.

Nos despedimos besándonos las manos y no volvimos a hablar en años. Pensé en llamarle una vez o dos, pero lo dejé correr. Trabajé en un videoclub un tiempo y después en un servicio de catering. Luego, en un centro comercial, una asesoría y una papelería. Conocí a Paula, que opositaba a una secretaría judicial. Me mudé a su casa, me saqué el abono de la piscina, nos pusimos el Plus.

La penúltima vez que le vi, ya parecía un fantasma del pasado. Estaba demacrado y descuidado, como fuera de su tiempo y lugar. Fue en nuestro supermercado. Yo empujaba un carrito mientras Paula compraba lecitina de soja para su padre, que andaba delicado del colesterol. Giré en los lácteos, pasé los detergentes y ahí estaba él, comparando con cuidado las grasas saturadas de dos paquetes de pan de molde idénticos.

Me miró de arriba abajo con efusiva indiferencia, como si le costara enfocar la mirada, como si no terminara de reconocerme. Luego, me dio un apretón de manos y me dijo que había estado buscándome y que me necesitaba. Hablamos brevemente, le costaba mantener la concentración en la conversación. Antes de despedirse, me dio una factura de Fenosa. Debajo de su nombre, su dirección y un cargo por consumo de más de cuatro mil euros.

Al cabo de unos días fui a verle, nuestro encuentro me había dejado preocupado. Vivía en un cochambroso piso en el centro. Algo fuera de lugar para una celebridad como él. El timbre no funcionaba, sin embargo abrió la puerta en cuanto pulsé el botón. Abrió un poco, lo justo para arrastrarme al interior de un tirón. Una vez cerrada la puerta, encendió una vela. Estaba desnudo. Lo entendí todo.

Me llevó a un saloncito reacondicionado. Había varios generadores eléctricos de gasolina, cables que colgaban por todas partes y una silla en el centro de la sala. Pensé en “*La mosca*”, la de Cronenberg, con Jeff Goldblum olvidándose de fumigar su lugar de trabajo. Me explicó lo que yo ya sabía, que lo había conseguido, y me dio las doce páginas que meses después darían la vuelta al mundo, con él ya desaparecido.

Me explicó la teoría de la ocultación tal y como ahora se explica en los colegios de primaria. Palabra por palabra. La luz hace visibles los objetos. ¿Cuáles? Todos los que son mayores que la propia luz. ¿Qué hay que hacer entonces, menguar? Todo lo contrario: hay que hacer los espacios moleculares grandes, lo suficiente para que la luz los atraviese. ¿Nos volvemos gigantes, entonces? Tampoco, gracias al Desaparecido Bonetti y sus doce páginas de la teoría de la ocultación sabemos que no, que basta con desarrollar un campo electromagnético tan grande que sea capaz de comprimir la luz a su paso a través del sujeto en cuestión. Del tema del cáncer ya se ocupará Sanidad.

La teoría de la ocultación le procuró a Bonetti un Premio Nobel que, en su condición de desaparecido, no recogió. Sus trabajos se interrumpieron con su ausencia y el desarrollo experimental de su teoría fue tomado con escepticismo por una comunidad científica que se sentía más cómoda pensando que aún pasarían años antes de que alguien pudiera resolver la paradoja de la luz.

Pero Bonetti se metió en la cabina, yo lo vi. Al cerrar la puerta, vi su silueta un momento y después nada más. Los generadores vibraron y el aire zumbó a mi alrededor. Me protegí detrás de una pila de zapatos. Hubo un destello y una explosión. Se hizo el silencio.

Al cabo de un rato, salí de mi parapeto y abrí la cabina. Ni rastro de él. Lo había logrado.

Imagino su sonrisa de triunfo, exultante. Cómo no estarlo. Le llamé a gritos por toda la casa, pero no me escuchaba. Salí hacia la calle, suponiendo que él daba invisibles saltos de alegría frente a mí, que reía y lloraba de la emoción y que tenía prisa por redescubrir el mundo.

La calle estaba desierta y el silencio era absoluto. Me senté en un bordillo y dejé que Bonetti disfrutara del primer paseo invisible que un ser humano ha dado jamás. El primer hombre fuera del radar. El primero verdaderamente liberado, a salvo de ataduras y convenciones sociales.

Normal que no volviera.

Maipú Frías

I CONCURSO DE CUENTOS CORTAZARIANOS “ESPERANZA NECROPIA”